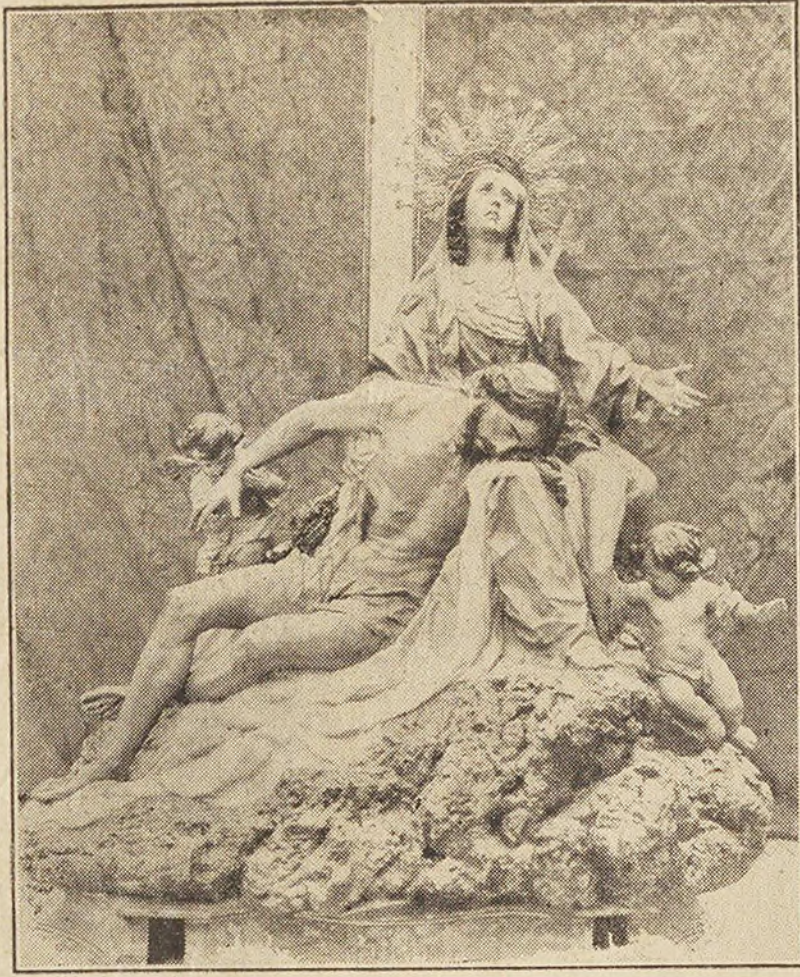


LETRAS Y ARTES

BELLEZA, TRADICION Y PIEDAD



He aquí una obra artística vinculada a las tradiciones piadosas de Murcia, que en estos días adquiere el relieve de la actualidad, si es que para la estela del genio la actualidad se nubla nunca. Es la Piedad más inspirada de Salzillo, la titular de la Cofradía de Servitas, que ahora comienza a recibir el solido culto en la iglesia de San Bartolomé.

Esta Cofradía medieval, fundada por unos comerciantes de Florencia en la primera mitad del siglo XIII, se difundió grandemente, y en el siglo XVIII llegó a Murcia, donde tiene profundo arraigo. Para ella realizó Salzillo el sublime grupo pasionario, terminado en 1740.

A Díaz Cassou, en su "Pasiónaria Murciana", le sugirió estas palabras: "Ved si

un dolor humano puede tener expresión más humana que la de aquel hermoso rostro de mujer madre; ved si la muerte de un hombre Dios puede expresarse de mejor manera que en aquel cadáver, que en todo lleva el sello de la muerte y en el que, sin embargo, algo parece que queda vivo y comunica al dolorido rostro la augusta expresión de un sueño mortal, propia del cadáver que la corrupción respeta, porque en su carne mortal ha de subir al cielo: es cuerpo muerto, sí; pero cuerpo muerto que ha de resucitar. Si sois espiritualistas (los naturalistas lo son también, o son materialistas), fijad la mirada en esos divinos rostros, concentrada y abstractos hasta que su poder sugestivo pueda obrar en vosotros."

Interpretaciones

Las cúpulas de la ciudad son los guardianes de casco que constantemente guardan a ella, celosa y astutamente, no dejándose descubrir del todo.

Las persianas que al reirso enseñan unida toda la dentadura, tienen una expresión terrible e insolente de alegría hipócrita y amenazadora, como destrozando con los dientes el regocijo que las molesta.

Las palmeras sólo existen en las regiones cálidas. Precisamente donde la naturaleza es más exuberante, ellas son los penachos que enalzan la magnificencia del paisaje.

Nuoca

CRISTALES

Los párpados de los niños son transparentes, y aunque cierran los ojos les entra la luz. Para ellos no tienen oscuridad las noches y regresan—¡siempre!—de una fiesta suntuosa de claridad.

Si alguna vez hay cerca de mí un niño en el que yo mande lo haré ingeniero de caminos, canales y puertos. Es decir, poeta del viento, del mar, de las montañas.

A LA NIÑA QUE NO ESTRENO SU NOMBRE

¡María del Mar! Ni más bello ni mejor elegido el nombre. Lo encontré tu madre en la costa de los pensamientos, como una chapina dorada entre las arenas,—playa de recuerdos—de un candor distante. (Aquel barco a los pies de la Virgen en la iglesia del puerto, y el María traslucido de voces, solo, prodigado, dulce y rotundo como una medalla de consuelo.)

María del Mar, del Cielo ahora. En el vértice de dos océanos hiciste tu cuna, pasando dormida de uno a otro horizonte. Nadie vió tus ojos cerrados de ensueño, pero eran azules con reflejo de poemas ardidos, de los que como tú no nacen, porque son de alma.

MARIA CEGARRA SALCEDO

COPIADA POR Ed. Brada
MARZO -- hortado

Cavaré el pie de los dos limoneros; subiré de mi pozo de abajo el agua, el regón puro—¡qué ajetivo! más bello y más diario—, que bajará hasta sus raíces de más ahínco y menos luz; la que les suba a la copa, se quedará en los limones y las hojas abultando temblorosamente mucho la luz membruda de esta mañana y amarilla, al fin picuda. La humedad de la tierra en savia me llenará el sentido del olor terrestre... Estoy acotando las ramas infecundadas por desnudas, y, de cuando en cuando, se me pone agrio el filo del hacha con algún limón herido.

He replantado dos frutales nacidos al azar, hijos de mi gula de frutas de este verano que ya no es y último.

He cundido de geranios y romeros las orillas de las tapias, que contienen, como Dios, ¡tantos deseos!

Las pitas abren lozanamente más sus zarpas de astro.

Una desazón copiosa de ortigas asalta todas las plantas, hasta las mías decalcas, dolorosamente... Hasta el perejil, casado de hierbabuena, que riza su floración para sueños pajizos bajo el limonero padre.—Pronto el mío me mandará arrancarlas para medicina, como desde que acabé de hacer, diciéndome: No duelen las ortigas, con la impedida cómoda de quien no ha de cogerlas.

El arbolico de las flores como torres reñadas, que recoge en la senda con polvo y señas de carros, se ha puesto pájaro como un otoño y su primavera?

Dejó mancha la morera en octubre y a mayo no se azucará de moras cristianas de Valencia; pero mi tacto sobre su tronco siente subir líquidos los verdos negros, brazos próximos a penetrar el aire, hasta los muñones de los que me regalaron de sombra, cuatro estios pecadores.

Las cinco higueras, puras a la fuerza hasta ahora, con la virtud del frío y el enero alrededor del contorno de sus vidas peladas, ya están en trance de hacerse impuras; ya en los ápices de sus ramas de ancla está a punto de desencadenarse una invasión hojosa de lirujías verdes y napolitanas.

Pero aún hay paz, so ciego y romeros celestemente azules con abejas de colmenas serranas.

Aunque ya mi alma, corporal de invierno, se me va poniendo espiritual de haca, y mi carne empieza a reinar en mí y en mi huerto.

MIGUEL HERNANDEZ GINER

(Antes de marzo)

ESTA PAGINA DE

"Letras y Artes"

SE PUBLICA LOS JUEVES

Correo de Bellas Artes

EXPOSICION MARQUEZ

A nuestros lectores les hemos dado ya noticia de ese pequeño pintor llamado Rafael Márquez, del cual admira el público ahora una exposición en el Círculo de Bellas Artes. Esta exposición no nos sugiere en realidad nada nuevo que añadir a los elogios con que por nuestra parte fué acogida la revelación del precoz artista. Confirma las gratas impresiones que cada uno de sus cuadros nos produjo, y nos permite contemplarlos en lo que pudiéramos llamar su conjunto panorámico.

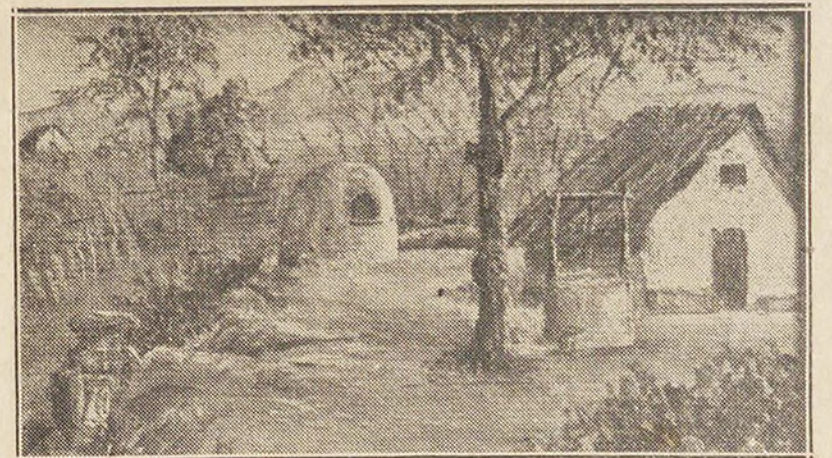
El público ha podido comprobar que no eran hiperbólicas las manifestaciones de admiración con que ya le presentamos a los curiosos del arte. Ha surgido sabiendo interpretar la luz de nuestra huerta, apenas determinó captar directamente el paisaje. En medio de las naturales ingenuidades, que más que restar mérito a sus obras, le prestan un encanto que los verdaderos inteligentes aprecian justamente, aparece el sentido de la perspectiva, sin aprendizaje, por pura observación o intuición, y hay un ejemplar de rincón típico—que por cierto tiene ya la nota de "adquirido"—, en el cual la lejanía está impregnada de esa tierna jugosidad tan nuestra, como si fuera el resultado de una serie de tentativas previas. Aquí lo reproducimos.

No presuma nadie que estas palabras de alabanza pretenden ser una patente de consagración. Ni en quien las escribe hay autoridad para ello, ni pueden hacerse vaticinios seguros respecto de un niño de nueve años; pero lo que nadie podrá contradecir, es que nos hallamos ante un caso muy serio de facultades naturales, que sería insensato menospreciar. Hay materia para abrigar esperanzas grandes de que el pequeño pintor sea una gloria de Murcia el día de mañana.

UNA ESCULTURA DE PLANES

Ha estado breve tiempo expuesta en la Asociación de la Prensa. La gente ha desfilado ante ella, y en los periódicos se han leído merecidos conceptos de alabanza. En esta sección no podía menos de ser registrada la noticia. Planes, ciertamente, se ha superado. Entiéndase bien, que no se ha negado a sí mismo, porque en tal obra, como siempre, ha logrado primero el sentido de lo escultórico, de seriedad, de unidad, de sencillez. El sentido que le acompañó siempre en todos sus trabajos, como que es la sustancia de su personalidad; pero hoy, por eso decimos que se supera, ha tenido un hallazgo de emoción sutil, honda, gracias al cual, quizás no hallará rivales en Madrid que le arrebaten el galardón supremo.

Porque más allá del reposo de la forma, entendido en la sobriedad de los rasgos, en la composición de la figura, en el asunto, al que por ninguna parte el más apercebido y sagaz de los buscadores de tachas le encontraría efectismos, posibles en un autor experto como es éste; más allá, y quizás más cerca del espectador, tiembla un espíritu. No sabríamos si es la expresión de una vida en ocaso que se asoma al rostro como el reflejo de una luz interior, o si es el aleteo del amor maternal, o si es la ternura de una plegaria en silencio. Aunque sí puede asegurarse que es lo que no se aprende a través de largas sesiones de taller, en lucha con el bloque de granito o con el leño; es, en una palabra, la inspiración, don gratuito de lo alto. Para el admirable escultor murciano el veredicto popular se ha pronunciado favorablemente en su tierra. La obra va asistida de él a las salas de la Exposición Nacional.—S.



P A I S A J E . — De Rafaelito Márquez

Poetas españoles

Antonio Machado



Nunca será la poesía, honda y puramente considerada, producto absoluto de una labor cerebral. Como en toda obra artística, el elemento imprescindible para su valía es la emoción que guarda y que exprese. No ha de dominar en ella la frialdad, sino el libre tono de cuanto en pureza es espontáneo y luminoso, apasionado y justo, cálido y bello; de cuanto al rehabilitar y revalorizar cada palabra en su significado exacto, lo hace llenándola o, mejor, ungiéndola de sentimiento. De su expresiva diafanidad y limpidez se apartará todo signo vulgar, todo exponente de prosaísmo, de ninguna clase de aceites, colorines; ni abalorios; pero sí habrá de respetarse la desnudez de la belleza y la verdad artísticas, sin hurtarlas tampoco, en un ciego afán de novedades, bajo ningún otro ropaje que no sea el necesario y propio.

Y mejor será si, en este culto del sentimiento, llega a ser dominada la obra poética por un matiz de melancolía. Leve o intenso, fugitivo o constante, tal matiz vendrá sirviendo siempre de realce y prestigio. La melancolía es el reflejo vivo de la inquietud inevitable—dolor por lo pasado y temores por lo desconocido—que llena todas las horas de la vida. Tanto se muestra en el gesto doliente, como en la risa; por eso hasta el humorismo—el verdadero humorismo, no la graciosa chabacanería—es perfecto por el eco melancólico que vibra en su fondo; que se manifiesta, inesperado y poderoso, dejando la atención subyugada y en suspenso. "Todo escritor que no lleve un fondo de melancolía—ha dicho el maestro Azorín—está perdido; la inefable tristeza es lo que pone en la prosa o en los versos del artista, ese telón de espiritualidad, esa preciadísima segunda realidad que ha de tener toda obra de arte."

Inefable tristeza; melancolía sutil, leve y ligera, pero de intenso poder y significado en su delicadeza y suavidades; segunda realidad concreta de las cosas, que se hace luz radiante para circundarias en alto sentido de purificación... He aquí uno de los versos más representativos del poeta Antonio Machado:

"Yo voy soñando caminos de la tarde. ¡Las colinas doradas, los verdes pinos, las polvorientas encinas!... ¿A dónde el camino irá? Yo voy cantando, viajero a lo largo del sendero... —La tarde cayendo está.— En el corazón tenía la espina de una pasión; logré arrancármela un día. Ya no siento el corazón".

Y todo el campo un momento se queda mudo y sombrío, meditando. Suena el viento en los álamos del río.

La tarde más se oscurece, y el camino que serpea y débilmente blanquea, se enturbia y desaparece. Mi cantar vuelve a plañir: "Aguda espina dorada, quién te pudiera sentir en el corazón clavada..."

Guardan en sus estrofas las composiciones de Antonio Machado felices y excepcionales cualidades de las que requiere y precisa la Poesía. Y se dice en ellas cómo el poeta está asistido de una amplia y comprensiva penetración para llegar hasta el más íntimo misterio de las cosas; para entender sus voces, comprender sus silencios, e interpretar luego en sus cantos unas y otros. Se dice asimismo cómo obtiene de estas preciosas intimidades, de estas penumbras, la cálida tonalidad de aquellas bellezas inefables: las que son poesía en la vida, y vida perdurable son del verso.

"...Es una tarde clara, casi de primavera; tibia tarde de marzo, que al hábito de abril cercano lleva; y estoy solo, en el patio silencioso, buscando una ilusión cándida y vieja; alguna sombra sobre el blanco muro, algún recuerdo en el pretel de piedra de la fuente dormido, o, en el aire, algún vagar de túnica ligera. En el ambiente de la tarde flota ese aroma de ausencia que dice al alma luminosa: nunca, y al corazón: espera. Ese aroma que evoca los fantasmas de las fragancias vírgenes y muertas..."

Y se halla también en esta labor de Antonio Machado una admirable serenidad, que se ofrece a compás con la ternura. Así que, al través de los años y de las distintas modalidades que el curso de éstos aportara, los versos del poeta se mantienen con imaculado valor de novedad constante. Son manifestación altísima de arte; no pueden quedar atrás ni envejecer, sino que viven en continuada, gloriosa lozanía. Y la novísima tendencia poética se apoya y afirma en ellos, ya que Machado—como Juan Ramón Jiménez—es firme cumbre de maestría en la lírica actual española; no ya por su posición más antigua, sino por la depurada corriente renovadora en que de continuo vertió su trabajo, para más afirmarlo en la propia y particular expresión poética. En 1919, y en el prólogo a la segunda edición que de su libro "Soledades, Galerías y otros poemas" hiciera la Editorial "Calpe" en su "Colección Universal", escribía Antonio Machado: "...Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir, cuando una tarea común apasione las almas. ¿Quién duda de que el árbol humano comienza a renovarse por la raíz y de que una nueva oleada de vida camina hacia la luz, hacia la conciencia? Los defensores de una economía social definitivamente rota seguirán echando sus viejas cuentas, y soñarán con toda suerte de restauraciones; les conviene ignorar que la vida no se restaura, ni se compone como los productos de la industria humana, sino que se renueva o perece. Solo lo eterno, lo que nunca dejó de ser, será otra vez revelado, y la fuente homérica volverá a fluir. Deméter, de la hoz de oro, tomará en sus brazos—como el día antiguo al hijo de Keleo—al vástago tardío de la agotada burguesía, y, tras criarle a sus pechos, lo envolverá otra vez en la llama divina."

Antonio Machado, sevillano, aprendió a conocer y a sentir el alma de Castilla; su tristeza inefable, su melancolía. El hábito castellano se le acercó a la inspiración y al sentimiento. Y contemplando las pardas lejanías, las hileras de chopos, los páramos, los encinares, las viejas piedras gloriosas, se le aña alicera —como él dijo de Gonzalo de Berceo—la luz del corazón.

J. RODRIGUEZ CANOVAS